

hasta los diez y nueve años de su edad (1). Todo lo que sabemos se reduce á tal cual dato vulgar de la vida doméstica, y á que abrazó desde muy niño la carrera de los estudios, para los cuales tenía excelente aptitud. Como era el último de sus hermanos, y su familia había padecido grandes quebrantos en los bienes temporales con ocasión de las revueltas políticas, debió, sin duda, Francisco aplicarse á las letras, para conseguir por ellas una posición y fortuna que no podría esperar de sus padres.

En 1525 se trasladó á París para continuar sus estudios, y se alojó en el colegio de Santa Bárbara, donde trabó desde luego íntima amistad con el B. Pedro Fabro. Un grave peligro moral se le ofreció desde luego á Francisco al empezar el curso de filosofía. Su maestro era hombre tan vicioso y desenfrenado, que no tenía reparo en llevar por sí mismo á sus discípulos á las casas de perdición. Los excesos de lujuria le habían producido feas manchas en el cuello y rostro. Varias veces intentó el desventurado arrastrar á Javier al mismo precipicio; pero éste, fijando su vista en aquellas manchas, concibió tal asco y horror al vicio, que nunca contaminó su pureza virginal con el más ligero desliz (2). ¡Quién sabe si con esta primera victoria

inclusive, que San Francisco Javier había nacido el año 1497. El P. Moret, conocido analista de Navarra, fué el primero que descubrió la verdadera fecha de este acontecimiento, sacándola de un libro de Juan de Azpilcueta, hermano del santo, donde se copiaba la nota del nacimiento de Francisco, escrita por su padre Juan de Jaso. Vide Cros, *Saint-François Xavier*, t. I, p. 132.

(1) El P. José María Cros, que con infatigable actividad ha registrado los archivos de Navarra, ha podido, es verdad, recoger muchos datos sobre la familia Javier, ha esclarecido mucho las vicisitudes que ella sufrió en los trastornos políticos que resultaron de la unión definitiva de Navarra con el resto de España; pero en medio de tantos documentos sobre los Javieres, la juventud del apóstol de las Indias queda casi tan á oscuras como antes. Vid. *Saint-François Xavier*, t. I.

(2) Este hermosísimo hecho lo sabemos por testimonio del P. Simón Rodríguez, á quien Javier lo manifestó en el seno de la confianza al despedirse para las Indias. He aquí tal como se lee en el tomo primero de la *Varia Historia*. «Capítulo de vna del P. Francisco Vázquez, Rector de Marchena, de 20 de Diciembre de 1596. Al padre Christoual de Castro, Lector de escritura en el Collegio de Alcalá de la Compañía de Jesús.

»Affirmo como sacerdote y Religioso de la Compañía de Jesús que ahora 23 ó 24 años, siendo yo Rector de Montilla, passó por aquel Collegio el P.º M.º Simón y en él estuvo 21 días, y entre otras muchas cosas que me contó de los principios de la Compañía, me afirmó lo que aquí diré: que luego que llegaron los primeros de la Compañía á Roma, cayó enfermo el M.º Simón y ordenó nuestro P.º al M.º Xauier fuesse su enfermero, y quedándose vna noche durmiendo sobre vna estera junto á la cama del enfermo para darle vnas píldoras á la media noche, durmióse el enfermero, y el enfermo estaua en vela con el trabajo de su enfermedad puestos los ojos en el

mereció después la vocación al apostolado que Dios tan providencialmente le infundió! Al segundo curso de filosofía se vió Javier libre de aquel peligro, pues al maestro malo sucedió en la cátedra el virtuoso doctor Juan Peña (1). Con él terminó Javier el curso de filosofía, en la que se licenció el 15 de Marzo de 1530 (2). Tan alta fama logró de brillante ingenio, que al poco tiempo obtuvo en la misma universidad una cátedra de filosofía en el colegio de Beauvais, y la regentó con lucimiento varios años.

No sabemos cuándo ó cómo empezó á tratar con San Ignacio. Es de suponer que desde 1529 se conocerían, cuando nuestro santo fundador entró en el colegio de Santa Bárbara. Aunque muy luego empezó Ignacio á tratar de cosas espirituales con Javier, lo mismo que con Fabro, pero le encontró algo rebelde á sus santas insinuaciones (3). No por eso se desanimó nuestro santo Padre, y procuró con todo género de buenos oficios ganar el corazón de Javier.

P. Xauier contemplando su santidad, y á deshora le vió despertar haciendo grande fuerza con los brazos, como quien aparta de sí alguna persona, y la fuerza que hizo fué tamaña, que echó por la boca mucha sangre. El enfermo le preguntó qué era aquello, él respondió que no era nada. Dixole el enfermo: vele echar tantas bocanadas de sangre, y dice que no es nada! Dentro de pocos años pidiendo el Rey D. Juº el 3.º de Portugal por su embajador Mascareñas a nuestro P.º Padres de la Compañía, fueron embiados el P. Xauier y el M.º Simón. Viniendo por el camino como es lícito á los caminantes para aliuio de su trauajo decir un cuento dos vezes le fué lícito al M.º Simón preguntar otra vez á Francisco Xauier, qué fué la causa de echar aquella noche tanta sangre por la boca. Él se lo contó, tomándole primero la palabra de secreto mientras viuesse Francisco Xauier, y así se le dió. Con esta seguridad dixo auéis de saber hermano M.º Simón, que Dios me a hecho esta merced tan señalada de hauerme conseruado mi Virginitad, y aquella noche soñaba que ibamos camino y en vna possada se llegaba vna moçuela ami y pretendia ponerme las manos en el pecho; yo para apartarla meneé los brazos con tanta furia que se me debió romper alguna vena, y assi eché aquella sangre.» (Varia Historia, t. I, f. 45.)

(1) Vide Cros, *ibid*, p. 263.

(2) Véanse los Bolandos. *De S. Ignacio de Loyola*, § 17. El documento lleva la fecha de 1529, por el modo de contar el año, empezando el 25 de Marzo.

(3) Dicen Maffei y Orlandini, y lo han repetido varios biógrafos posteriores de Javier, que éste se burlaba á los principios desvergonzadamente de San Ignacio: «*Quin suum initio monitorem procacius irridebat, et saluberrima praecepta non modo ab animo, verum etiam ab auribus excludebat.*» *Hist. S. I.*, l. I, n. 84. Vid. Maffei, *De vita et moribus S. Ign.*, l. I, c. XXI. Bueno será advertir que en ningún autor contemporáneo aparece que la resistencia de Javier llegase á tanto. Cámara no dice nada. Ribadeneira habla así: «Francisco Javier.... se mostró al principio menos aficionado á seguirle; mas al fin no pudo resistir la fuerza del espíritu que hablaba en este santo varón [Ignacio].» *Vida de S. Ign.*, l. II, c. IV. Polanco dice que Javier era «*familiaris Ignatio, sed in rebus spiritualibus non ei admodum addictus.*» *Vita*

Siempre que se ofrecía ocasión, alababa el talento y las buenas dotes del joven navarro, y cuando éste ocupó la cátedra de filosofía, Ignacio le buscó buenos discípulos y se esforzó en formarle una clase lucida y numerosa. No podía hacerse obsequio más delicado á un joven profesor, que aspiraba á distinguirse en las cátedras universitarias. Con esto se hizo Ignacio dueño del corazón de Javier. Entonces fué cuando nuestro santo Padre pudo predicarle con provecho aquella sentencia del Evangelio: «¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» Esta verdad sublime, repetida, explicada, inculcada por San Ignacio de Loyola, fué la que ganó para la Compañía de Jesús al apóstol de las Indias y del Japón. No podemos precisar el tiempo en que se decidió la vocación de Javier; pero suponemos que debió ocurrir entre 1532 y 1533. No pudo hacer los Ejercicios, por sus ocupaciones de maestro, hasta después del voto de Montmartre (1).

Todos los autores convienen en que estos dos fueron los primeros discípulos y compañeros estables de Ignacio. ¿Con qué orden se le fueron agregando los otros siete? Refiere el P. Luis González de Cámara, en el *Memorial* inédito conservado en nuestro archivo, que el día 17 de Febrero de 1555 dirigió á San Ignacio esta pregunta: «¿Quién fué el primero de la Compañía después de Fabro?» Á lo que respondió el santo: «Láñez y Salmerón hicieron los Ejercicios en el mismo tiempo, antes que Javier, porque leía artes; mas Javier era ya muy más familiar, en la Compañía»; y otra vez me dijo el Padre, averá [habrá] quasi dos años conforme á esto. [Es decir, me dijo esto mismo hace dos años.] De esta respuesta se desprende, que los inmedia-

P. Ign., p. 48. El más antiguo historiador de San Francisco Javier, que es el P. Alejandro Valignano, que escribía por los años de 1574, ni siquiera menciona esta resistencia de Javier á la gracia, contentándose con decir: «Tomó muy estrecha conversación con el bienaventurado Padre [Ignacio]...., con cuyo ejemplo y exhortación (no dejando de continuar su propio estudio) se aplicó con mucho fervor á otra mejor filosofía, etc. *Monumenta Xaveriana*, t. 1, p. 4, *apud Monum. hist. S. J.* Ni siquiera habla de que se convirtiera Javier. Por otra parte, el B. Pedro Fabro, en su *Memorial* (p. 7), cuenta por gran beneficio de Dios el haber tenido por compañero de aposento á Javier, antes de conocer á Ignacio. De todo esto, y de lo que sabemos sobre la pureza de Javier, parece inferirse que el apóstol de las Indias era un buen joven antes de conversar con nuestro santo Padre.

(1) *Memoriale B. Petri Fabri*, p. 13. Pudo ser que contribuyese á esta conversión algún favor temporal de San Ignacio. Por la primera carta de Javier, que se ve en todas las ediciones, aparece que Ignacio le socorrió con dinero en algún apuro. No sabemos si esto sería antes ó después de convertirse el apóstol de las Indias.

tos á Javier fueron Láñez y Salmerón, y así lo han puesto la mayoría de los historiadores de Ignacio y de la Compañía (1).

Diego Láñez había nacido en Almazán (Soria) el año 1512 (2), y aunque tenía la nota, reparable en aquel tiempo, de ser de linaje

(1) Pero he aquí que el P. Simón Rodríguez, al enumerar los diez primeros Padres de la Compañía, se coloca á sí mismo en el cuarto lugar, inmediato á Javier, con estas humildes palabras: «El cuarto lugar lo ocupa un portugués, que por su indignidad no merece contarse entre tan excelentes y perfectos siervos de Dios.» *De origine et progressu, S. J.*, p. 9. Luego pone al P. Láñez con la circunstancia de que fué un año posterior á él. *Ibid.*, p. 10. ¿Cómo concordar este testimonio con el de San Ignacio, referido por el P. Cámara? Me parece que podría soltarse el nudo con una distinción. En el hecho de agregarse los primeros Padres á San Ignacio, conviene distinguir tres pasos ó grados, por donde llegaban al término de su adhesión. El primero era el trato espiritual con el santo fundador. El segundo, la promesa formal de ser compañero suyo toda la vida. El tercero, el hacer los Ejercicios espirituales, con los cuales sancionaban su promesa y se consolidaban en la vocación. Ahora bien: sabemos que Láñez y Salmerón fueron de Alcalá á París con grandes ansias de tratar con S. Ignacio, y que tuvieron la dicha de encontrarse con él apenas llegaron, y, según varios autores, el día mismo en que entraron en la capital de Francia. Es, pues, de suponer, que se darían muy pronto por compañeros suyos. Por otro lado, nos dice el P. Simón, que él no tenía noticia de San Ignacio hasta que empezó á tratarle en París. Pudo muy bien suceder que nuestro santo Padre, como se hubo con Fabro, ejercitándole en obras santas durante dos años antes de manifestarle sus planes, procediese del mismo modo con el P. Simón Rodríguez, labrándole en el espíritu por algún tiempo antes de tomarle por perpetuo compañero. De este modo serían Láñez y Salmerón anteriores á Rodríguez en la promesa formal de ser compañeros de Ignacio, y en este sentido hablaría el santo en la respuesta dada al P. Cámara; pero en cambio sería el P. Simón anterior á ellos en tratar espiritualmente con nuestro fundador, y bajo este supuesto se puede interpretar su texto.

(2) Esta fecha la pone Ribadeneira (*Vida del P. Láñez*, l. 1, c. 1), aunque luego en el mismo capítulo se contradice, al afirmar que Láñez tenía diez y ocho años cuando se graduó de maestro en artes. El tiempo en que Láñez recibió sus grados en la facultad de artes lo podemos precisar perfectamente. En el Archivo Histórico Nacional de Madrid existe un tomo en folio con este título: *Alcalá. Libro de actos y grados, 1523-1544*. Al fol. 45° está una lista de setenta y siete graduados de bachiller en artes el 14 de Junio de 1531. El n.º 24 dice: «Didacus Láñez de Almazán.» Al fol. 53 aparece otra lista de los que se licenciaron en artes el 13 de Octubre de 1532. El tercero de los veintitrés graduados es «Bachalaureus Didacus Láñez». Por fin, al fol. 54° leemos lo siguiente: «Sábado xxvi de Octubre de MDXXXII. Este dicho día, que fué á veintiseis días del mes de octubre del año susodicho, dentro en el teatro del colegio, etc., á la hora de las onze antes de mediodía, se graduaron de maestros en artes e philosophia los Maestros Francisco Causo, de la diócesis de Jahen é Diego Láñez, de la diócesis de sigüenza, é recibieron los grados del Señor Cancelario, estando presentes el Sr. Doctor D. Pedro Bivas e el Padre fray Dionisio y el Doctor Carrasco y el arcediano de la Fuente y el doctor Medina y el doctor Vargas, y el doctor Alejandro.» Se ve, pues, que si Láñez nació en 1512, debía tener, no diez y ocho años, sino veinte cuando se graduó de maestro.

nuevo (1), era de una familia sumamente cristiana y bastante acomodada en bienes de fortuna. Sus padres, Juan Láinez é Isabel Gómez de León, le educaron en toda piedad; y viendo el admirable talento de su hijo, le aplicaron á los estudios. Aprendidas las letras humanas en Soria y Sigüenza, le enviaron á la universidad de Alcalá, donde cursó la filosofía. Graduóse de maestro en ella el 26 de Octubre de 1532. Mientras seguía en Alcalá el curso de sus estudios, trabó estrecha amistad con un jovencito de Toledo, llamado Alonso Sal-

(1) No es creíble el sentimiento que mostraron los jesuitas españoles cuando leyeron en Sacchini (*Hist. Soc. Jesu, Lainius*, l. II, n.º 32), que el P. Láinez era de linaje nuevo. Un grito de indignación se exhaló de todos los pechos, y las Congregaciones provinciales de 1622 dirigieron una ardiente súplica al P. Vitelleschi para que no se permitiese la circulación de esa historia, sin haber arrancado primero la hoja, en que se dejaba caer esa fea mancha sobre la memoria del P. Láinez. Sobrecogióse el P. General al recibir tan calurosa demanda, y dió por de pronto una respuesta vaga, diciendo que procuraría satisfacer á los deseos de tan beneméritas provincias. (Véase *Acta Congr. provincialium. Toletanae*, 1622.) Pero examinado despacio el asunto, el P. Sacchini probó, y probó muy bien, que era verdad lo que había escrito. Efectivamente, las provincias de España aducían solamente vagas afirmaciones, lamentos, y por único fundamento de todo ello, el dicho del marqués de Almazán. ¡Vaya una autoridad! ¿Qué podía saber el marqués existente en 1622 sobre los abuelos oscuros de un hombre popular nacido en 1512? En cambio Sacchini presentó cinco argumentos para probar que el P. Láinez era cristiano nuevo. 1.º La fama del hecho difundida por toda la Compañía en sus principios, de la cual cita por testigos á varios Padres antiguos, entre ellos á tres españoles, Bartolomé Pérez, Alonso Carrillo y García de Alarcón. 2.º La fama difundida en Roma, cuando en 1557 el obispo Cesarino publicó un libelo en que imponía esta nota al P. Láinez, entonces vicario de la Compañía, sin que nadie le refutara en esta parte. 3.º La misma fama esparcida en la corte de España. 4.º El testimonio del P. Nadal, que en 1562 hubo de responder en la corte de España á los que notaban en Láinez el descender de judíos, y lejos de negar el hecho, lo da por supuesto, y procura compensar esta falta, ensalzando los méritos altísimos de Láinez. 5.º El testimonio del mismo Láinez, quien escribiendo en 1561 á los profesos de la Compañía para abdicar el generalato, dijo «son conocidas *mis tachas*», palabra en que todos vieron una alusión á su linaje nuevo.

El último argumento es algo frágil, porque la palabra *tachas* es voz genérica y vaga, con que se designan los defectos de uno, y en este caso podría muy bien referirse á las otras faltas que en sí reconocía el humilde General. Otra cosa sería si dijese *mi tacha*, pues entonces habría de entenderse un defecto singular y propio suyo. Los dos primeros no los he podido verificar bien. Pero el tercero y cuarto, que se pueden reducir á uno, constan en el diario del P. Nadal, que conservamos, y prueban bien el dicho de Sacchini. El P. Nadal, hombre tan eminente como veremos, enviado por Láinez á todas las casas de Europa con el cargo de visitador universal de toda la Compañía, al llegar á España en 1561, tropezó, entre otras dificultades, con la aversión que los principales señores de la corte tenían al P. General, y la principal causa de ella era el linaje de éste. He aquí las palabras textuales de

merón, nacido en 1515 (1), que también se distinguía por su aptitud singular para las letras. Siguiendo ambos en sus tareas literarias, oyeron los grandes rumores que corrían en la universidad acerca de San Ignacio, á quien unos ponían en las nubes por su santidad, y otros quisieran arrojar á la hoguera como hereje y novador. El deseo de tratar con un hombre tan singular, fué una de las razones que movieron á los dos jóvenes á dirigirse á París. Con tan buena suerte llegaron, que al apearse en su posada Láinez, el primer hombre con quien se encontró fué Ignacio (2). El conocer al santo, el conven-

Nadal: «*Aversio magnatum et quidem eorum qui nostri erant patroni, á Patre Generali, propter genus.*» (*Epistolae P. Nadal*, t. II, p. 82.) Así apunta el hecho el Padre Visitador, sin que jamás manifieste la menor sombra de duda sobre su realidad. ¿Quién mejor informado sobre las cosas del P. Láinez, que el P. Nadal, que en su nombre visitaba á toda la Compañía? ¿Quién más interesado que él en deshacer con una enérgica negación y protesta el fundamento de una aversión, que tan costosa podía ser para la Compañía?

Otro testimonio del P. Nadal, todavía más explícito, aduce el P. Sacchini, teniendo cuidado de escribir en el margen las palabras textuales: «Aunque el P. General descende de hebreos, pero ha conocido á sus padres, abuelos y bisabuelos, buenos cristianos.» He aquí el texto de Nadal, copiado al margen por Sacchini. *Noster Pater, quamvis ex illo sit genere, cognovit tamen parentes, avos et proavos bonos christianos; et secundum saeculum nobiles, moribus autem vitae et privilegiis tales, ut nunquam ejus domus habuerit notam S.^{ae} Inquisitionis. Suspicio autem quae solet sumi ex isto genere propter periculum inconstanciae in fide, potest sine dubio penitus removeri ob conditionem personae.* Se ve, pues, que al P. Láinez le faltaba un ascendiente cristiano, para ser de linaje limpio ó cristiano viejo, porque, como es sabido, la limpieza de sangre exigía que los cuatro inmediatos ascendientes hubieran sido cristianos.

No he podido descubrir, entre los papeles que conservamos de Nadal, esa apología ó *defensio*, de donde toma ese párrafo Sacchini; pero no dudo de la autenticidad del texto alegado; lo primero, porque concuerda perfectamente con las Efemérides del P. Nadal que conservamos; después, porque en un debate tan serio con todas las provincias de España, el fingir un texto como ese, hubiera sido un pecado bastante grave contra el octavo mandamiento de la ley de Dios, y nada nos autoriza á suponer este pecado en un buen religioso como Sacchini; finalmente, porque en Roma, al lado del P. General y del archivo del Gesú y de Sacchini estaba el P. Asistente de España, quien, interesado como el que más en el asunto, no hubiera dejado pasar semejante superchería. La memoria de Sacchini, de donde tomamos estos argumentos, se halla en el tomo titulado *P. Manareí Historia*, al fin.

(1) Ribadeneira señala como día del nacimiento de Salmerón el 8 de Setiembre de 1515. (Véase la breve vida que escribió por vía de apéndice á la del P. Láinez.) Por la facultad que se concedió á nuestros primeros Padres para ordenarse de sacerdote (27 de Abril de 1537), se ve que Salmerón no había cumplido aún los veintidós años, pues se le dispensa para que pueda ordenarse luego que los cumpla. Véase el documento en los Bolandos *De S. Ign.*, § 24.

(2) Polanco, *Vita P. Ign.*, p. 49.